

Reflexiones sobre la noción del ser mexicano

>Magnolia Vázquez*

INTRODUCCIÓN

El presente escrito tiene como objetivo hacer un recorrido teórico sobre la forma en que se ha planteado la identidad del mexicano durante el siglo XX, a propósito de cumplir 200 años de haber nacido histórica y culturalmente como tal.

Para ello abordaré las diversas identidades o caracteres que se le han asignado al mexicano tomando como referencia para el desarrollo del tema a Samuel Ramos, Roger Bartra y Laura Bolaños. Samuel Ramos, por ser el primer teórico preocupado por definir con rigurosidad científica la identidad del mexicano, porque en sus conceptos se basaron otros teóricos interesados en el tema, que complementaron y/o profundizaron sobre ellos, como Octavio Paz y Santiago Ramírez, y por ser, aun con todas las actualizaciones sobre el tema, la teoría que más se conoce y se difunde en nuestros días por las voces de sus discípulos antes mencionados. Roger Bartra, por ser el teórico contemporáneo distanciado de esa mirada mitológica hacia el mexicano estudiado en Ramos y Paz entre otros, cuya tesis principal reside en evidenciar la construcción de un mundo no occidental por parte de filósofos y teóricos occidentales bajo una mirada etnocentrista y generalizada sobre Oriente (incluida

África, América, Oceanía), cuyos caracteres los mexicanos “también” compartimos. Y Laura Bolaños, por su rescate del español (Occidente) en la construcción ideológica y cultural del mexicano, que contrariamente a lo que se piensa y se difunde, es lo que más acentuado está en él, y por la manera tan llena de humor e ironismo en que desviste a los nativos americanos del ropaje de “víctimas”, “martirizados” por los españoles, desmitificando sobre ellos, el lugar de “traidora máxima” de los mexicanos en que se ha mantenido a la Malinche.

DESARROLLO

Fundamentándose en la teoría de la personalidad (bajo el enfoque psicoanalítico) desarrollado por Alfred Adler, el filósofo Samuel Ramos (1934) en su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, sostiene la tesis de que la principal característica del mexicano popular, el “pelado”, el vulgo, el pueblo (y en este caso, la mayoría de los que pueblan México), es un sentimiento de inferioridad, cuyo origen se da como una consecuencia de la conquista española y que se acentúa por el gusto obsesivo de imitar a la cultura europea.

El sentimiento de inferioridad y el gusto por la imitación son los dos tópicos a los que más vuelve Ramos

en el transcurso de su largo ensayo. El primero trae como consecuencia que el mexicano sea “perezoso”, “miedoso”, “débil”, “violento”, que el “pelado” mexicano, quien “constituye la expresión más elemental y bien dibujada del carácter nacional...” y que “en la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo, un ser sin contenido sustancial”, es un animal incapaz de la reflexión y de asumir su vida con responsabilidad. Son algunos rasgos que atribuye a la herencia legada por los indios.

Uno de los desatinos del primer argumento de Ramos estriba en que no sólo los americanos que habitaban el territorio que hoy conocemos como México fueron conquistados por españoles, y a éstos no les adjudica tal sentimiento de inferioridad, e incluso, asumiendo de que exista, tal sentimiento no sería propio del mexicano, sino de todas aquellas culturas conquistadas por España, y por ende, sería la identidad colectiva de algunos países hispanoamericanos, no únicamente de la cultura mexicana.

Respecto a la tendencia a la imitación de lo europeo en los tiempos de la Colonia y la Independencia, en el sentido que le da Ramos, abarca únicamente a la población criolla y mestiza en el poder (ávida por pertenecer a una cultura “civilizada y culta”) que tal vez sólo sería 5% del

9

Cinzontle

* Profesora investigadora de la DAEA.

10

Cinzontle

total, si no es que menos; por lo que esa obsesión hacia la imitación recaería sólo en esa minoría y no en la gran mayoría, ocupada y preocupada en su propia sobrevivencia de enfermedades, de miseria, de esclavitud en la que vivió hasta el fin de la dictadura de Díaz.

Generalmente, en tiempo de conquista, el conquistador implementa sus políticas y reglas sociales al pueblo conquistado y con ello vienen una serie de cambios que se experimentan de dos formas: la primera como desajuste cultural, aun cuando las diferencias entre ambas culturas sean mínimas (*trasplantación*), y la segunda como integración cultural cuando estos nuevos elementos logran encajar en el resto de las dimensiones sociales, sin conflictos entre normas, valores y costumbres, por un lado, y las estructuras familiares, económicas y políticas por otro (*asimilación*). Imaginemos entonces cómo vivieron los nativos este proceso, no sólo en su actitud con el otro extranjero (en extremo distinto en su cosmovisión) sino entre ellos mismos y en su propia individualidad. Asimismo, esta asimilación no se vivió de manera pasiva por parte de los indios, tal como nos lo quiere hacer creer Ramos: “La realidad al comenzar la independencia, era ésta: una raza heterogénea, dividida geográficamente por la extensión del territorio. Una masa de población miserable e inculta, pasiva e indiferente como el indio, acostumbrada a la mala vida...”

Enrique Florescano (1999), en su libro *Memoria indígena*, nos hace un recuento de las pequeñas y frecuentes revoluciones protagonizadas por los grupos étnicos en ese periodo, mismas que no fueron divulgadas en su momento y que por su desconocimiento han prolongado esa idea del carácter pasivo, perezooso y resignado del indio, a quienes Ramos le atribuye todos los caracteres negativos que prevalecen en la identidad del mestizo mexicano que él estudió.

Sin embargo, más adelante niega lo que afirmó sobre la identidad del mexicano: “La presencia de menor valía en el pelado no se debe al hecho de ser mexicano, sino a su condición de proletario”. Por lo que se puede deducir que todo proletario sufre de este sentimiento, sea mexicano o no. Con esto último se termina de derrumbar lo que venía sosteniendo dicho autor sobre la esencia del ser mexicano.

Por otra parte, no es mi intención exhibir las carencias del trabajo de Samuel Ramos, tomando en cuenta que fue el primer teórico (filósofo) serio en abordar el tema de lo mexicano, y pensaba en su deseo vehemente de educar y cambiar al México recién salido de la Revolución, necesitado de orden y cohesión social y que ve en la noción de identidad cultural el punto de partida para tal cambio (como lo expresa en el prólogo de la tercera edición de su ensayo). Aquí, para poner el punto en la llaga, es que su mirada no es incluyente sino excluyente, no mira al otro (indígena, campesino, proletario) como uno más, como un hombre pensante, sino como un ser inferior y por lo mismo, incapaz de asumir y ejecutar tal “reforma espiritual”.

Lo preocupante aquí, es por qué su discípulo más asiduo, más leído por los universitarios de hoy y más aceptado en su ideología, mantiene esa mirada etnocentrista ante el vulgo mexicano. Octavio Paz traslada los caracteres “negativos” atribuidos por Samuel Ramos al indio, al mestizo del siglo XX, ya no nombrado como “pelado” sino como el “rajado”, el que saca su “sentimiento de inferioridad” en las fiestas, donde se abre el mexicano que vive en la soledad, en la desolación. Paz (1950) acentúa en su ensayo *El laberinto de la soledad*, este sentimiento de inferioridad en la desconfianza, al sostener que el mexicano desconfía del extraño, incluso de su mismo paisano y sólo se raja en su borrachera porque si

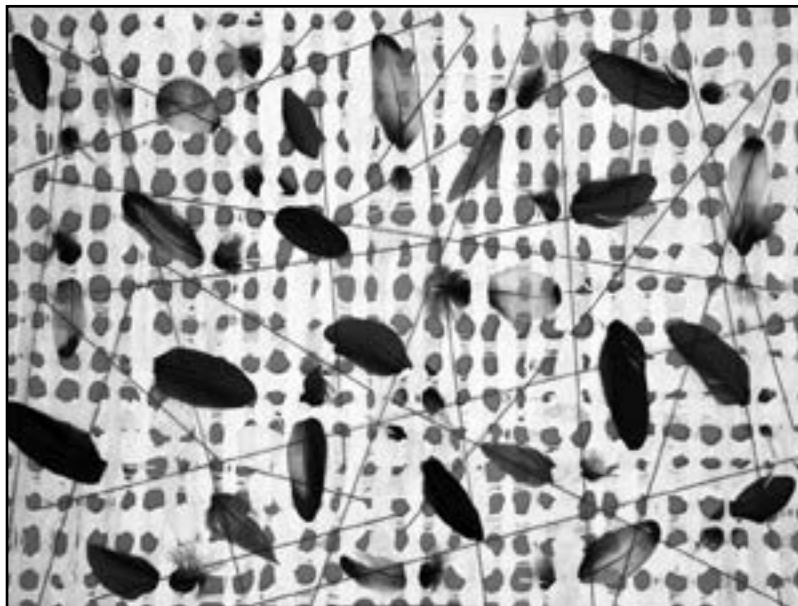
se abre sobrio al exterior entonces será “rajado” y “malinchista”. Entonces: o es desconfiado y es un ser cerrado, o es malinchista y se abre y vende al primer postor, sea éste extranjero o no.

Octavio Paz refuerza la indiferencia del mexicano hacia la vida por su indiferencia hacia la muerte, pero va más lejos que Ramos, no le teme, el mexicano hasta se ríe de ella, la reta a muerte. Aquí la diferencia es que lo negativo no es por culpa de los indios, sino de los españoles que no asumieron su paternidad y entonces los mestizos, los mexicanos somos hijos de la chingada Malinche y de Don Nadie y Don Ninguno, no somos ni españoles ni indios, no sabemos quiénes somos y tenemos, por ello, “perdida nuestra identidad”.

Entonces aquí es cuando entra en escena Laura Bolaños Cadena (2001), que en su libro *La identidad perdida y otros mitos*, de una manera sencilla y llena de humor, hace un análisis sobre lo que se dice del mexicano por una parte y, por otra, señala lo que hacen o expresan la mayoría de los mexicanos sobre su mexicanidad, fruto del decir de los primeros (teóricos, intelectuales en su mayoría).

Entre otros tópicos que señala y muestra Laura Bolaños (quien se va a la historia, no solamente de México, sino a la historia de las grandes conquistas humanas) en su libro, sobresalen tres: el origen de lo que hoy se denomina “México”, el trato que se le ha dado a la Malinche como madre del mestizaje de los mexicanos (vinculado con el primero), y lo españolizados que estamos, es decir, lo occidentalizados que estamos en comparación con lo indigenizado que creemos ser.

Laura Bolaños empieza el prólogo de su libro repitiendo la versión que la mayoría de los historiadores y teóricos intelectuales han escrito sobre la historia de México: “La historia de México comienza con los aztecas y la derrota de éstos es



La red II.

la derrota de México”. Para más adelante salirnos con que: “Al arribo de las huestes provenientes de la Península Ibérica al continente que los europeos bautizaron con el nombre de América, el México que hoy se extiende del Bravo hasta el Suchiate no existía como país [...] Malinche no pudo traicionar a un país que no existía”.

Cosa sabida pero mantenida al margen de muchos por el discurso oficial, a partir de esta “revelación”, Laura Bolaños le quita el velo de padre a la cultura azteca (mexica) y le otorga su lugar a las variadas culturas asentadas en el territorio que hoy conocemos como México (texcocanos, tlaxcaltecas, mayas, chichimecas, etc.), mas no se crea que los deja en un buen lugar, más bien les quita el ropaje de víctimas a los mismos, cuando aclara que los españoles no hubieran llevado a cabo en tan poco tiempo el éxito de su conquista si ellos, inconformes con el imperio vigente, no hubieran aportado su enorme granito de arena para tal tarea.

Llegado a este punto, Laura Bolaños cree que es un buen momento

(en su libro) de darle entrada a un personaje histórico: Malinalli, Malintzin, Doña Marina, mejor conocida como la Malinche, mujer tan vilipendiada por “todos” los mexicanos (hay quienes ignoran su existencia) y a quien debemos el término de “entrega” ante el conquistador. Citando a diversos autores, entre ellos Carlos Fuentes (quien no baja de puta a la susodicha), resalta el repudio ante la gran traidora de México y al mismo tiempo compara el papel que jugó ésta en la conquista —básicamente sobresale en su papel de intérprete, señalado por Bernal Díaz del Castillo en su obra *La historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*— y el papel que jugaron los diversos pueblos anti-mexicas que, tal como lo dice la autora, fueron quienes incidieron en el rápido éxito de la conquista y no son vistos como traidores, o al menos no tan repudiados como Doña Marina:

Lo más importante de esta cuestión es que los peninsulares dirigieron la conquista; pero la realizaron los propios indios. Indios formaron

las tropas que sometieron a otros indios; indios fueron intérpretes y guías que condujeron a los invasores europeos por el inmenso territorio que se extendía desde más allá de la mitad de lo que hoy son los Estados Unidos y hasta el istmo centroamericano.

Cabe mencionar que la existencia de la Malinche y el “odio” a lo español salió a la luz pública en pleno siglo XIX, por lo siguiente puntualiza Laura Bolaños:

Los independentistas [...] A fin de legitimarse por medio del pasado, presentaron la historia de los te-nochcas como la historia antigua de la nación entera. De ahí viene considerar a México como “el país azteca”, tachar de “traidores” a los tlaxcaltecas que apoyaron al conquistador, y denigrar a la Malinche, ejemplo máximo de “traición a la Patria”. La civilización mexicana era, según su dictamen, muy superior a lo impuesto por los españoles.

Pero, ¿quién fue la Malinche? A propósito de celebrar en este año (2010) el bicentenario de la Independencia y con ello el nacimiento del Estado-nación denominado “México” (en la colonia llamada Nueva España), creo que es importante rescatar esa parte no vista o negada a la Malinche: ella junto con Hernán Cortés representan simbólicamente a los padres del mestizo mexicano, la apertura y aceptación de dos razas distintas en su cosmovisión del mundo, pero iguales en su condición de humanos.

Recordemos que su papel de intérprete y su capacidad de aprender varias lenguas fueron desarrolladas a fuerza por su historia personal: Malintzin fue traicionada tres veces antes de llegar a manos de Hernán Cortés: primero por su madre, quien al morir el padre de la niña Malintzin, la vendió a unos comerciantes para otorgarle el papel de cacicazgo a su hijo nacido

12

Cinzontle

de su segundo matrimonio. Estos comerciantes la vendieron como esclava en la región que hoy conocemos como Tabasco, y su vez los dueños tabasqueños (caciques mayas de entonces) la entregaron como dádiva a los españoles recién llegados de Oriente. Más tarde Hernán Cortés también la donará a su soldado más cercano, y en este amasiato se terminará el peregrinaje de amo en amo de Malintzin, hasta su muerte.

Vemos entonces que a la que se considera traidora mayor de los mexicanos ha sido, históricamente, la más traicionada por los suyos, empezando por su madre, su primer contacto con el mundo y que de su historia personal viene su capacidad de adaptarse al extraño, iniciando con la adquisición de la lengua: aprendió náhuatl, maya y español para poder entender a los otros y sentirse parte de ellos, para estar dentro del mundo. Y si algo puede asegurarse de su actitud con esos otros, es que guardó fidelidad a cada uno de los dueños durante el tiempo que estuvo con ellos, aunque el ganón fue el último de ellos, dicho sea de paso, Hernán Cortés, quien supo reconocer y aprovechar su habilidad para aprender su lengua. Margo Glantz (2001) en su libro *La Malinche, sus padres y sus hijos*, coordina y reúne una serie de ensayos entorno a esta figura emblemática del mestizaje en México, en los cuales se pone en tela de juicio ese halo mitificador de la Malinche como símbolo de traición y se le da ese lugar importante en la historia fundacional de los mexicanos (que no es sinónimo de mexicas o aztecas).

Y a todo esto, qué caso tiene hablar de lo mismo que ya se sabe, pues resulta que en todas las historias de conquistas, refuta Laura Bolaños, hay violaciones, hay traiciones de los sometidos a los dirigentes del poder vigente, hay mezcla de razas (se quiera o no), y hay implantación del sistema cultural de los vence-

dores y con ello, una limpia o aniquilación en lo posible de la cultura conquistada, y no por ello, todas las culturas o países conquistados adoptan la postura de víctimas y asumen una actitud de “inferioridad” en su vida.

En el caso de México, los españoles fueron los vencedores, sólo que es necesario enfatizar que no fue a los mexicanos a quienes vencieron sino a todos los grupos culturales que se encontraban en lo que ahora es nuestro territorio, ya que México surge como resultado del movimiento de Independencia dirigido por españoles criollos (españoles nacidos en México), aunque el proceso del mestizaje entre españoles (en su gran mayoría porque llegaron con ellos aunque en minoría, africanos, portugueses, franceses) y los indios de América Central y del Sur, haya iniciado casi tres siglos atrás, desde el momento en que Hernán Cortés sitió la gran Tenochtitlán. Incluso antes, cuando Gerónimo de Aguilar fue conquistado por la cultura maya en su naufragar por el Golfo de México.

Y si bien miramos, en nuestro mestizaje lo que más sobresale es la herencia española, empezando por el idioma, elemento primordial para poder influir en la ideología de una cultura, en sus usos y costumbres, extendiéndose en la religión (monoteísta y católica), en la vestimenta, en la comida y en la forma de vivir en general.

Entonces, como dice Laura Bolaños citando a Luis González de Alba: ¿porqué “escogimos colocarnos del lado de los vencidos, pudiendo, con el mismo derecho o quizá con más apego a la verdad, colocarnos del lado de los vencedores”? [...] Elegimos ser indios, cuando en rigor no lo somos. Y la verdad sea dicha, tampoco queremos serlo”.

La autora de *La identidad mexicana y otros mitos* nos responde que mucho tiene que ver el discurso promovido enfáticamente de los españoles liberales para unificar un pueblo

sin gobierno y mantener alejados a los españoles colonizadores de las tierras aztecas. Discurso que enfatiza el derrumbe del esplendoroso imperio azteca por manos de los “malechores españoles”, “gente sin escrúpulos”, “aventureros sin oficio”, “lo peorcito” de la Madre Patria (que no se niega que los hubo pero no lo fueron todos); discurso necesario para formar una nueva identidad cultural, utilizando para ello, una identidad pasada que aun cuando estuviera muy presente, ya no era la misma, ya que ésta pertenecía a un pasado (azteca) que en ese presente era la identidad de perdedores, de los derrotados:

Es básico para un país conquistador formar en el sometido la mentalidad de derrotado, de inferioridad de lo suyo, de pérdida de identidad y como contraparte, inculcarle ideas de superioridad de todo elemento proveniente de la metrópoli. Esto fue, además de la imposición de valores como la religión, parte fundamental de la formación de nuestro país como nación colonial.

Por cierto y para variar, nuestra Madre Patria no perteneció a este continente y no fue una mujer sino toda una nación, tomando en cuenta que se le asigna a España este papel. Y nuestro Padre, ¿quién lo fue? Resulta que el padre de nuestra patria también era español, pero no cualquier español ni cualquier padre, ya que además de tener el valor y coraje de liberar a los indios, mestizos y españoles criollos del yugo español, también era padre espiritual y por ello doblemente valorado por los mismos, tan necesitados de sus deidades, de su dios.

Sin embargo, ¿qué humano era Miguel Hidalgo y Costilla? Es cierto que en esos tiempos de miseria, esclavitud y desorden social, se necesitaba de un héroe o de héroes en quién(es) poner la esperanza de un presente y futuro mejor, y que

Miguel Hidalgo y Costilla, representante espiritual de dios en estas tierras de la Nueva España, era el idóneo, también. Mas no hay que pasar por alto que lo que él y su grupo liberal pretendían era emanciparse de la Corona española para poder asumir el poder y actuar para sus propios intereses y no por los intereses de los otros, de la gran masa de indios y campesinos mestizos que fueron, como dice Laura Bolaños, quienes hicieron la independencia, dirigidos por españoles. Tanto fue así que después del movimiento independentista, el rumbo que tomó ahora el país recién llamado México, no fue tan distinto al que le siguió, al que le siguieron, ni al que estamos viviendo.

En su novela *Los pasos de López*, Jorge Ibarguengoitia, con el humor que caracteriza toda su obra literaria, desmitifica a los héroes y el movimiento de Independencia en México; nos muestra la parte humana de aquellos que hemos considerado héroes nacionales, y que repercutió en los resultados de la misma. Al recrear al cura Perrión (Hidalgo) como un aprovechado de las circunstancias, amante de las mujeres, sobre todo de sus “sobrinas”; a unos corregidores ambiciosos y corruptos; y a unos militares mediocres e ineptos que consumaron la independencia al final, no por su capacidad de estrategias sino por azares del destino (llevándose muchos almas al panteón, sin necesidad de ello), Ibarguengoitia da fe de lo que venimos arrastrando en nuestro sistema político desde entonces, por ejemplo al oficial Chandón, quien es seleccionado para ocupar un puesto de mando no por sus habilidades militares (era todo menos un militar) sino por ser un hombre manipulable, perfecto para la conspiración que se estaba fraguando. Lo mismo sucede actualmente, se les ofrecen los cargos directivos a los compadres, a los amigos, a los ahijados, independientemente del perfil o de lo apto que sean para desempeñar el cargo.

Así pues, si un día decidiéramos deshacernos de toda la herencia española y por lo tanto occidental, nos desharíamos tal vez de la corrupción, del nepotismo y de otros vicios más heredados de la Colonia española, pero como dice Laura Bolaños, nos quedaríamos en taparrabos, descalzos o con huaraches rústicos, sin toda la gastronomía proveniente de Europa y Asia, y hasta mudos, por el simple hecho de que casi toda la población mexicana hablamos nada más y nada menos que en español y escasos son los mexicanos que hablan alguna lengua indígena. Somos herederos de la Colonia, es innegable, pero como reitera nuestra autora: “Era lógico que los españoles impusieran esta mentalidad (de seres inferiores, desvalidos, incapaces); no lo es que los mexicanos la continúen”.

Sin embargo, se continúa y lo peor de todo es que la continúan los intelectuales, los letrados, y mucho, secundados o promovidos por los principales dirigentes en el poder.

En *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, Roger Bartra (2005) hace un análisis minucioso del discurso que ofrecen los principales estudiosos del mexicano posrevolucionario, tanto académicos (filósofos, psicólogos, sociólogos) como literatos (poetas, narradores), y maneja la tesis de que (casi) todo lo que han escrito sobre el mexicano, es pura invención ideológica hecho mito, extraída de la mirada de Occidente para vaciarla a los pueblos no occidentales:

Las imágenes sobre lo mexicano no son un reflejo de la conciencia popular [...] es una entelequia artificial: existe principalmente en los libros y discursos que lo describen o exaltan, y allí es posible encontrar las huellas de su origen: una voluntad de poder nacionalista ligada a la unificación e institucionalización del Estado capitalista moderno.

Más adelante puntualiza que “estos mecanismos legitimadores no son, en la mayor parte de los casos, específicamente mexicanos. Forman parte de la larga historia de la cultura occidental, aunque se adaptan a la realidad mexicana”.

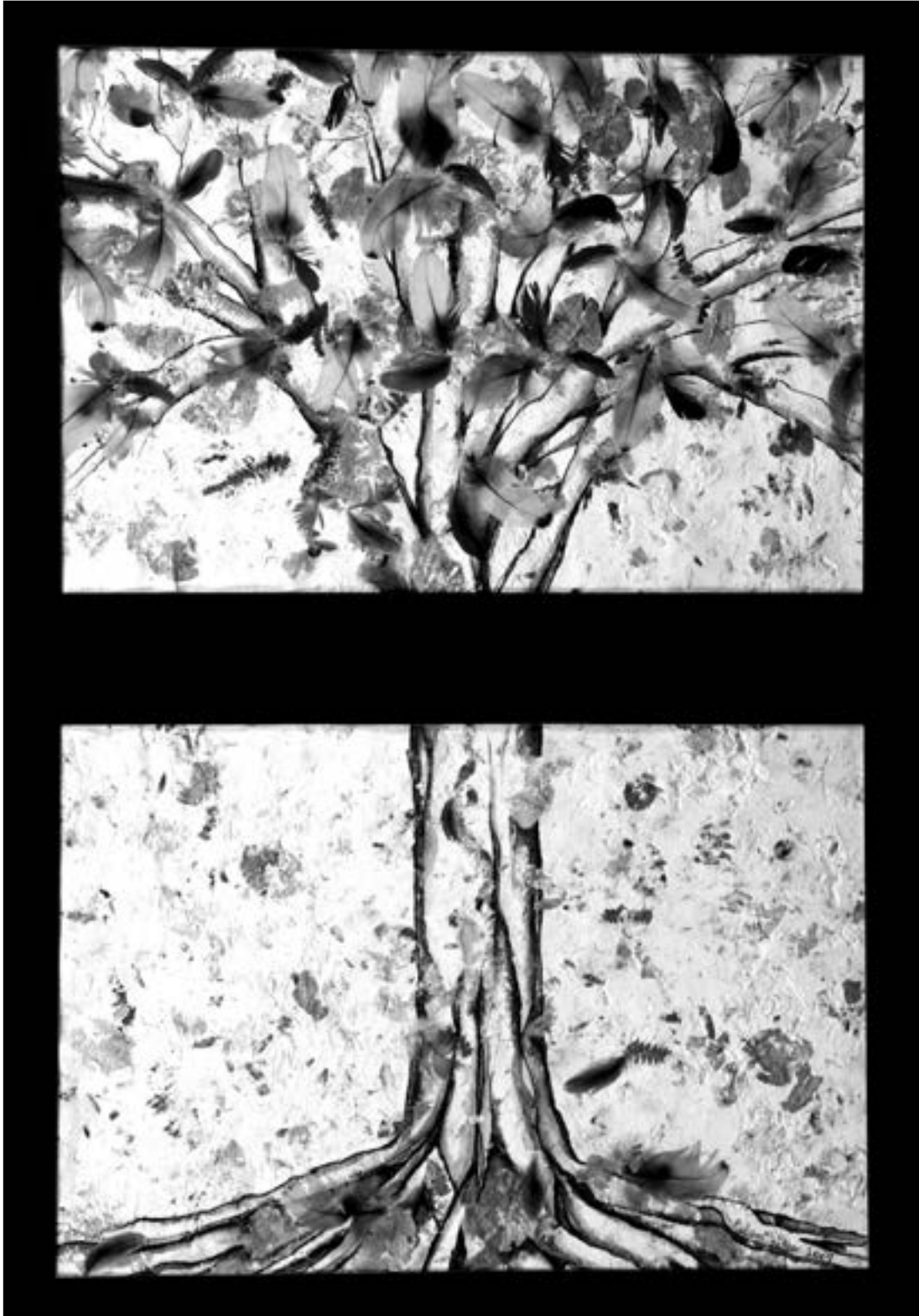
Con esta premisa, Bartra retoma el discurso generado sobre lo mexicano por los intelectuales y escritores posrevolucionarios, tal como lo hizo Laura Bolaños con el discurso posliberal de los independentistas, y desarrolla el tema con intención desmitificadora haciendo uso del “axolote”, para representar al campesino del siglo XX, héroe incauto de la Revolución de 1910, convertido en proletario que no deja de añorar su estado de campesino “feliz” pre-revolucionario, incapaz de subirse al tren del progreso.

Los campesinos, dice Bartra, desde la perspectiva moderna y occidental, son pasivos, indiferentes al cambio, pesimistas, resignados, temerosos, melancólicos, apáticos ante la vida y ante la muerte. Pero éstos son adjetivos que la “cultura y civilizada” Europa desde tiempos atrás, les ha asignado a los bárbaros del norte y a los salvajes del sur, a los eslavos, a los rusos, a los africanos, a los latinoamericanos, etc., y que tienen que ver con la diferencia de estos otros que no comulgan con su visión eurocentrista del mundo, una visión avasalladora del tiempo y de la modernidad, una visión avasalladora de la vida misma:

Para la mente civilizada el primitivo trata al tiempo con desprecio e indiferencia; el salvaje y el bárbaro son definidos por su lentitud natural y su abulia. De aquí proviene también la idea de su desprecio por la muerte: “La indiferencia del mexicano ante la muerte —dice Octavio Paz— se nutre de su indiferencia ante la vida”.

Y aquí viene a mi memoria lo mucho que se critica a los tabasqueños por la “natural flojera” que los

14
Cinzontle



Primavera.

caracteriza. Lo que ignoran aquellas personas que critican al campesino tabasqueño que a las once de la mañana ya está en su hamaca tomándose su pozol y alejando a las moscas con su sombrero, es que éste se ha despertado a las cuatro de la mañana para ir a realizar su jornal en el campo antes de que el sol lo abra; que a esa hora, a las once, ya ha trabajado una jornada de seis horas, y que en la tarde retoma unas tres horas más para completar su labor del día. También ignora que esta actitud de “pasividad” en sus actividades diarias, está definida por su vínculo con la naturaleza y no por un artefacto denominado reloj, máximo representante del tiempo occidental, casi dictatorial.

A propósito del tiempo regulado por el hombre, Guillermo Samperio, en su cuento “Descomponga un reloj” incluido en su libro de cuentos *La Gioconda en bicicleta*, propone de una manera lúdica de medir el tiempo (y la vida) usando objetos naturales, para escapar de ese artefacto consumidor de la vida del hombre moderno de hoy, rescatando, incluyendo, tal vez sin intención, la otredad, la diferencia, en este caso la naturaleza y los campesinos, que aun cuando a uno de nuestros expresidentes, se le ocurrió cambiar la medición del tiempo, las horas laborales o productivas, dividiendo el año solar con un horario de Verano y un horario no veraniego, éstos, los campesinos, siguieron con el curso del tiempo laboral, señalado puntualmente por el señor sol.

Como apunta Bartra en su ensayo, todo es cuestión de conocer la cosmovisión de cada cultura y asimilar o al menos tolerar y aceptar la diferencia de un otro o de los otros, cosa que en México y gran parte de los países enajenados por un pensamiento progresista y globalizado, no se da.

Asimismo, cuando desarrolla uno de los caracteres más difundidos de los mexicanos, su desprecio a la muerte (o a la vida), la postura de

Bartra no es de negación sino de justificación, no exclusiva de los mexicanos. Esta postura tiene que ver con las condiciones de miseria y pobreza del campesino y de “todos aquellos hombres expuestos directamente, sin apenas protección, a las inclemencias de la sociedad y de la naturaleza”. Además, “este fatalismo tiene otro origen: es una manifestación del desprecio de las clases dominantes por la vida de los hombres que se encuentran en la miseria. Hay hombres cuya vida no vale nada ante los ojos de los amos...”, fatalismo que es bien ilustrado y hasta exagerado en su uso por los literatos mexicanos de la primera mitad del siglo XX, entre ellos Agustín Yáñez en su novela *Al filo del agua* y José Revueltas en su novela *El luto humano*.

Pero cuidado con ello, porque “suponer que hay pueblos que son indiferentes a la muerte es pensar a esos pueblos como manadas de animales salvajes” y de ello está impregnada la obra literaria de Juan Rulfo, “el campesino rulfiano es un ser marcado por la muerte, y el acto de matar le parece algo intrascendente y cotidiano, un acontecimiento animal”. Y cuidado (trata de prevenirnos Bartra), porque nos lo creemos.

Por ejemplo, que el héroe de la Revolución mexicana, el proletariado, es un ser “violento y revolucionario, emotivo y fiestero, urbano y agresivo”, y por lo mismo, desorganizado e ingobernable, adjetivos que Le Bon (citado por nuestro autor) asigna a los mestizos de su tiempo, y que se han aplicado al mestizo mexicano contemporáneo, según interpreta Bartra:

El sedimento indígena perdura y, además, las “razas mezcladas” forman dos grupos irreductiblemente separados: unos son los “mestizos superiores” originarios de familias estables y forman “el resistente nervio del pueblo mexicano”; pero a los otros, a los “mestizos vulgares”, no se les ha formado un “alma de cooperador orgánico” pues des-

cienden de “individuos unidos en desamparado tálamo de incesantes amasiatos”.

De la misma manera también el ícono de la mujer mexicana es toda una invención, la teoría nos dice que es sumisa, sufrida, abnegada, sólo madre, pero la experiencia nos dice otra. En una ocasión, siendo expectadora de un juego de fútbol varonil, en un torneo rural, mientras los equipos estaban en el descanso de medio tiempo, una mujer joven llegó al campo y se dirigió a uno de los jugadores que estaba acompañado de otra mujer, joven también. Al estar frente a ellos, soltó una frase más o menos larga, como de reclamo y segundo después estaba con las manos sobre la cabeza de la otra mujer. Estuvieron jaloneándose del cabello y del cuerpo durante un buen rato, mientras el jugador, al parecer marido de la aguerrida mujer despechada, trataba de separarlas, cosa que le costó un buen rato hacerlo y no sin salir ileso de la lucha de las féminas, pues su mujer, al parecer la “oficial”, no dejó de darle unas patadas mientras pudo. Sí, existe la infidelidad, la ausencia del marido y del padre, pero no se crea que la mujer lo vive de una manera pasiva e indiferente. Como este caso, existen otros muchos que no se ven, o que no vemos, pero ello no implica que no existan, y que demuestren que las mujeres mexicanas (o no) sean capaces de ser más valientes que un chofer cuando éste es detenido por un comando de policías sin deberla ni temerla, o que no albureen entre ellas a las otras u otros, o que no peleen por lo suyo aguerridamente cuando se amerite.

Aquí el peligro está en lo que se dice y se muestra todos los días en los medios masivos de comunicación, que, haciendo uso exagerado de los íconos “representantes” de la cultura mexicana: Cantinflas, la familia peluche, el chavo del ocho, entre otros, van convenciendo a la gran masa de televidentes que eso

que ellos representan es lo que somos y que la vida es así, “donde nos tocó vivir”. Sí, aquí nos tocó vivir mas nosotros decidimos cómo vivir.

El mexicano es contemporáneo a todos los hombres, expresó Octavio Paz, cuya obra trascendió universalmente, no porque aportó algo nuevo sobre el mexicano, sino porque al querer hablar de él, habló del hombre, sin nacionalidad ni cultura determinada, habló del hombre que habita este mundo de mediados del siglo XX y principios del XXI, enajenado por los mass media, en crisis de identidad en esta época que promueve la igualdad del hombre con tendencia a disolverse en la masa, en esta época de la desaparición de la palabra y que George Orwell en su gran novela futurista que ya nos alcanzó, 1984, nos venía alertando. Mas este hombre del que habla Octavio Paz entre otros autores, no es todos los hombres, ni todos los mexicanos.

CONCLUSIÓN

Ryszard Kapuscinski, periodista polaco, en su crónica “La jungla polaca” que hace referencia a su libro del mismo nombre (2008), muestra de una manera clara y sencilla el mito del hombre blanco que sobrevive en los pueblos sometidos o conquistados por los europeos occidentales, mito que hace caer en un lugar del África al encontrarse por primera vez con el jefe de una tribu (Nana) cuando su acompañante lo presenta, después de decirle de dónde venía (Polonia), como a alguien a quien conocía: “es un africano”. Dice Kapuscinski: “es el mayor piropo que se le puede echar a un europeo. Entonces se le abren todas las puertas”.

Entre las preguntas que le hizo el Nana, le saltó ésta:

—¿Dónde están vuestras colonias? Kofi (su acompañante) tomó la palabra:

—Ellos no tienen colonias, Nana. No todos los países blancos las tienen. No todos los blancos son colonialistas. Tienes que saber que los blancos a menudo han sido colonialistas respecto de otros blancos.

En su relato Kapuscinski anotó:

Sus palabras causaron gran conmoción. Los ancianos mostraron súbito interés; atónitos, chascaron la lengua, ¡chas, chas, chas! Tiempo atrás me sorprendía yo que se sorprendieran ellos. Pero ya no. Detesto este lenguaje: blanco, negro, amarillo. El mito de la raza es repugnante [...]

Dándole voz a Kofi apuntó:

Durante cien años nos han estado aleccionando que el blanco es algo más, algo súper, non plus ultra. [...] Teníamos asumido que en el mundo sólo había Inglaterra, que Dios era inglés y que sólo los ingleses recorrían la tierra [...]

“Como México no hay dos”, pregona un dicho popular. ¡Claro, no hay dos! ¡Como México hay muchos! Existe el mexicano corrupto, así como el ruso o como el italiano; existe el mexicano pro-occidental y anti indigenista, así como el inglés o el estadounidense; existe el mexicano conformista, apático a cualquier cambio que mejore su condición de vida, el violento, el explosivo, el valemadrista, también es cierto y válido, como también lo puede ser el español, el brasileño, el francés, el alemán, el iraní. Pero también es cierto que existe el mexicano honesto, el mexicano propositivo, el mexicano optimista, el mexicano idealista, creativo, antiguadalupano, antiamericanista, antichivista, que rompen el “modelo real” del prototipo mexicano y éstos, incluyendo los “anti”, no implica que sean menos mexicanos o dejen de serlo.

Es tanta mi dificultad para dar una noción convincente de la identi-

dad del mexicano que me voy por la parte que la niega, es decir, por resaltar lo que no es propio de él y que es compartido por otras culturas —que en estos tiempos de globalización económica y mediática parece acentuarse más— y me lleva a concluir que no hay un prototipo del ser mexicano, sino que hay varias formas de serlo, así como hay varias formas de ser tabasqueño, yucateco, sinaloense, tapatío, defeño; como también existen varias formas de ser ecuatoriano, argentino, italiano, español, francés, etc. Tenemos un origen único, sí, las grandes y pequeñas culturas prehispánicas cuyas raíces siguen vivas y se manifiestan en las tradiciones en que cada región las ha logrado mantener pero también es cierto que mantenemos la herencia del colonialismo, en este caso, del español y que estos caracteres, que son lo más, nos inserta como parte de un mundo occidental, mitificado en ocasiones, sobreabundantemente.

REFERENCIAS

- Bartra, Roger (2005). *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Debolsillo.
- Bolaños, Laura (2001). *La identidad perdida y otros mitos*, México, Vila.
- Florescano, Enrique, *Memoria indígena*, México, Taurus.
- Ibargüengoitia, Jorge (1987). *Los pasos de López*, México, Joaquín Mortiz.
- Glanz, Margo (2000). *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Kapuscinski, Ryszard (2008). *La jungla polaca*, Madrid, Anagrama.
- Paz, Octavio (1999). *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta a el laberinto de la soledad*, 3ra. ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- Ramos, Samuel (1951). *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa, Col. Austral.
- Revueltas, José, *El luto humano*, México, Era.
- Samperio, Guillermo (2000). *La Gioconda en bicicleta*, México, Océano.